

# Rescates, réplicas y contrarréplicas

## La naturaleza del mal

*Andágueda* (1947)

CAFÉ EXASPERACIÓN (1963)

JESÚS BOTERO RESTREPO

Eafit, Medellín, 2018, 230 pp.

TRAS LA inmersión en la profunda selva de *Andágueda*, el lector puede salir con signos de paludismo o en estado febril al sortear tanta brutalidad y rudeza del ambiente, trasplantada a los protagonistas de esta historia, que transcurre en las orillas de los ríos chocoanos.

Pero no es menos violenta y azarosa la vida en un pequeño pueblo innostrado, escenario de cíclicos desplazamientos, masacres y persecuciones donde víctima y victimario terminan respirando el mismo aire viciado de un café, que en realidad es un bar. De ahí la exasperación de ambos: la mesera por cobrar la cuenta más dolorosa de su vida, y el cliente por ahogar en los tragos su mala conciencia.

Ambas novelas transpiran difícilmente con la tupida adjetivación de un barroco desacostumbrado en la literatura colombiana, pero tan lleno de timbres particulares, de exotismos, de variantes desusadas, que negar la madurez de esa prosa musculosa sería un despropósito. La sapiencia narrativa del autor, lejos de alimentar vanidades estilísticas, nutre la historia con su magma sensorial, su abigarramiento de emociones y de palabras.

Magma que emana de la vivencia de Jesús Botero Restrepo, quien nació en Jardín (Antioquia) en 1921, creció en Andes y vivió su juventud en pueblos mineros del nordeste antioqueño hasta aventurarse en el Chocó. En 1992 salió su tercera novela, *El sol va a la deriva*, y póstumamente Eafit publicó el libro de cuentos y poemas *El tiempo se ha quedado solo*. Murió en Medellín en 2008 sin hacer mucho ruido.

A diferencia de quienes navegan por los ríos del Chocó y narran su aventura en crónicas de viajes, como lo vemos en otro libro rescatado por Eafit, *Instantáneas de viaje. Diario sobre la excursión al Chocó, 1934*, de Delio Jaramillo Restrepo y el fotógrafo Hernán Garcés (2015) –reseñado en la edición número 94 de este boletín–, y en *Diario del Alto San Juan y del Atrato*, de Eduardo Cote Lamus, publicado por Frailejón (2017), Botero Restrepo alcanzó a compenetrarse con estas tierras tan atractivas para la colonización antioqueña y ficcionó su experiencia desde la entraña, documentando los contrastes entre la riqueza de los recursos minerales y la pobreza de sus pobladores, el olvido ancestral de esta región y la naturaleza indomable.

En los registros del habla de negros, indios y “blancos” (mestizos del interior del país) radica la oralidad de *Andágueda*. Sobresale la destreza del escritor para captar la

musicalidad del fraseo de los indígenas embera-catíos con su sintaxis enrevesada, sus dichos y expresiones coloquiales. Ello en contrapunto con el habla de los negros que recoge en diálogos vibrantes. Por ese virtuosismo, Manuel Mejía Vallejo, en el prólogo a la primera edición del libro (1947) reproducido en esta cuarta edición, dice que “indudablemente *Andágueda* es la mejor novela sobre el indio” (p. 9).

En *Café Exasperación* predomina el diálogo tensado, que se alterna con extensos paisajes emocionales, corrientes de conciencia de los personajes y descripciones de ambiente en las que desaparece la preocupación por el punto seguido gracias a la musicalidad de los largos fraseos. Una novela de corte dramático que podría ser llevada a las tablas sin desmedro de su fuerza narrativa porque los diálogos recogen voces auténticas de esos personajes recelosos y atormentados.

Destaco en *Andágueda*, la novela más robusta (con 175 páginas), la mirada de temas, como la invasión del Chocó por colonizadores de todos los pelambres, la exploración del carácter indígena con su inveterada melancolía –como lo definía el escritor y periodista Armando Solano–, los matrimonios mixtos, las arremetidas furiosas de la naturaleza y, ante todo, la indagación de esa proclividad al mal que desarrollan quienes llegan a este territorio como organismos foráneos. En suma, historias duras de hombres rudos, adustos, violentos como su hábitat. Y de mujeres malqueridas, que aparecen en roles domésticos y productivos, con inevitables servidumbres sexuales.

Su protagonista, Honorio Ruiz, llegó al *Andágueda* como transportista de la mina El Torrente y pronto armó pareja con una indígena, Clara Rosa Querágama, tuvieron un hijo y Ruiz se adaptó a las costumbres de los nativos, pero no dejó de ser el hombre blanco que sometió la “indiada” a sus deseos, llevado por la codicia. Como lo resume la voz omnipresente, el principio sin fin de la explotación del territorio: La mina pasó a ser propiedad de

[...] una consabida *mine company* que absorbe el platino diseminado en la red de los ríos y acapara el oro de vetas y aluviones. Ya las dragas que hunden como cucharas hambrientas sus palas eléctricas en los cauces y levantan cual hitos de su ávido paso montones de arena empujada sobre las playas. Ya el empresario forastero que hizo tajar la corteza del árbol del caucho hasta dejar extenuada la selva. (pp. 51-52)

En el citado prólogo, Mejía Vallejo reconoce en *Andágueda* los ecos de José Eustasio Rivera, con sus derivas estéticas para narrar la violencia colonizadora. La califica de “odisea humana y literaria de su juventud, algo así como una ‘vorágine’ negra de las selvas del Chocó”. El propio maestro explotó ese aluvión narrativo, como también lo hicieron César Uribe Piedrahita, Arturo Echeverri Mejía y Mario Escobar Velásquez, entre otros escritores antioqueños.

Pero ninguno como Botero Restrepo para auscultar las profundidades del mal con sus sondas narrativas, transmutando la violencia en prosa poética. Experiencia empaquetada en un bello libro, con guardas ilustradas como homenaje a los verdes de la selva más lluviosa del mundo.

Como paradójica marca de modernidad de la novela, en la última parte el autor experimenta con la ciencia ficción y

sitúa a los personajes en 1960, en un Chocó transformado por obras de infraestructura vial, urbanizado con altos edificios y en pleno hervor urbano. Una fantasía que aún hoy sigue sin asidero. Se emparenta así con la novela *Quibdó* (1927), de otro escritor olvidado, Pedro Sonderéguer, donde los protagonistas son burgueses blancos que habitan en barrios igualmente blancos y elegantes. Imaginarios incumplidos en una de las ciudades más miserables de Colombia.

**Maryluz Vallejo Mejía**